



LA COMUNIDAD ESCUCHANDO JUAN 13-17¹

SI PERMANECEN EN MÍ...

Evangelio de Juan (15,1-17)

¹Yo soy la vid verdadera y mi Padre es el viñador. ²Él corta los sarmientos que en mí no dan fruto; los que dan fruto los poda para que den aún más.

³Ustedes ya están limpios por la palabra que les he anunciado.

⁴Permanezcan en mí y yo en ustedes. Así como el sarmiento no puede dar fruto por sí solo, si no permanece en la vid, tampoco ustedes, si no permanecen en mí.

⁵Yo soy la vid, ustedes los sarmientos: quien permanece en mí y yo en él dará mucho fruto; porque separados de mí no pueden hacer nada.

⁶Si uno no permanece en mí, lo tirarán afuera como el sarmiento y se secará: los toman, los echan al fuego y se queman.

⁷Si permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pedirán lo que quieran y lo obtendrán.

⁸Mi Padre será glorificado si dan fruto abundante y son mis discípulos.

⁹Como el Padre me amó así yo los he amado: permanezcan en mi amor. ¹⁰Si cumplen mis mandamientos, permanecerán en mi amor; lo mismo que yo he cumplido los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor.

¹¹Les he dicho esto para que participen de mi alegría y sean plenamente felices.

¹²Éste es mi mandamiento: que se amen unos a otros como yo los he amado. ¹³Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los amigos. ¹⁴Ustedes son mis amigos, si cumplen lo que yo les mando.

¹⁵Ya no los llamo sirvientes, porque el sirviente no sabe lo que hace su señor. A ustedes los he llamado amigos porque les he dado a conocer todo lo que escuché a mi Padre.

¹⁶No me eligieron ustedes a mí; yo los elegí a ustedes y los destiné para que vayan y den fruto, un fruto que permanezca; así, lo que pidan al Padre en mi nombre él se lo concederá.

¹⁷Esto es lo que les mando, que se amen unos a otros.

¹ Textos de referencia: Arcidiocesi di Milano, *L'amore che ci unisce*, Ed. In dialogo 2021;

Advertencia

El texto es muy denso y por eso es imposible comentarlo como se merece: me limitaré a unos aspectos, que resumo en dos partes: el amor como naturaleza de la relación entre el Padre y el Hijo y por tanto entre el Hijo y nosotros; y, en consecuencia, el amor como naturaleza de las relaciones entre nosotros.

Primero, sin embargo, enfoquemonos en el contexto, donde encontramos:

– 9 veces permanecer/habitar: es el mismo verbo utilizado en Jn 1,38: «ποῦ μένεις» («¿donde habitas?») y en Jn 14,2: «ἐν τῇ οἰκίᾳ τοῦ πατρὸς μου μοναὶ πολλαὶ εἰσιν» («en la casa de mi Padre hay muchas habitaciones»);

– 3 veces cumplir

– 4 mandar/mandamiento

Contexto

El contexto en el que Jesús proclama estas palabras es quizás el más solemne de todo el Evangelio de Juan: la despedida en la Última Cena.

No se trata de una simple despedida, sino de lo que con razón se ha llamado su testamento espiritual.

En él, Jesús resume todas las enseñanzas y mandamientos que había dado a los discípulos y trata de prepararlos para lo que sucederá: su muerte y resurrección, pero también su futuro como heraldos de la "buena noticia".

Desde la Pascua está a punto de nacer la Iglesia, la comunidad de Jesús. De hecho, para el evangelista, la "Hora" ya ha comenzado y no es una hora de muerte, sino de glorificación.

Como siempre, Jesús tiene otra preocupación: que sus oyentes comprendan lo que quiere comunicar. Así, después de haber hecho uso de un gesto muy llamativo, como el "lavatorio de los pies", vuelve a hablar en parábolas.

Comentario

I. Yo soy la vid y mi Padre es el viñador, ustedes los sarmientos

Es decir, el amor como naturaleza de la relación entre el Padre y el Hijo y, por tanto, entre el Hijo y nosotros.

Lo que es verdaderamente sorprendente es la capacidad de Jesús para fusionar la experiencia cotidiana de los pescadores y agricultores con las imágenes más famosas de la tradición religiosa de Israel.

En este caso la vid/viña: pensemos, por ejemplo, en el "cántico de la viña" del profeta Isaías (5,1-7), y también en la bendición de los tiempos mesiánicos en Génesis 49,10-12; o más generalmente el uso de esta metáfora en varias profecías, para representar la complicada relación entre el pueblo y Dios (Os 10,1-3; Jer 2,21; Ez 15,1-6; 19,10-14; Is 27 : 2-5).

Imágenes que Jesús reinterpreta, aplicándolas a sí mismo ya su relación con los discípulos de cada época.

Ahora él mismo es la vid (ya no habla de la viña como sujeto colectivo referido al pueblo) mientras que "los suyos" son los sarmientos.

El Padre es el principal protagonista: lo que sucede es, ante todo, obra suya.

Pues bien, entre las operaciones de los agricultores, en este caso los viñadores, una de las principales es podar las vides, cortando los sarmientos estériles y luego quemándolos.

La imagen tiene un evidente valor de juicio, pero no es sobre esto que Jesús quiere llamar principalmente la atención, sino sobre la unión entre la vid y los sarmientos, así como sobre los frutos deseados: cuando un sarmiento está bien insertado en la vid se hace con ella una sola planta, recibe su linfa y puede dar fruto.

Releída a la luz de la Pascua, la parábola adquiere así un fuerte carácter bautismal.

En efecto, ¿qué significa recibir el bautismo, sino incorporarse a Cristo hasta hacerse uno con él?

El hombre creado en Cristo alcanza su plena realización sólo cuando se conforma a él.

Los verbos están necesariamente en pasiva, porque nadie podría - se diría ni siquiera el Hijo - sino el Padre.

Por Jesús recibimos así el don del Espíritu Santo, linfa vital que nos permite producir ese fruto abundante que el Padre espera y constituye la misión de Jesús, de la que somos hechos partícipes (Catecismo 1213).

Finalmente, el fruto de la vid es la uva, símbolo eucarístico evidente, sacramento generador de la Iglesia, y no puede ser una simple coincidencia.

Realmente, no podría haberse una catequesis más concisa y al mismo tiempo más completa sobre el bautismo que nos permite participar en la Eucaristía.

Por otro lado, en el desarrollo del discurso, aflora varias veces la fuerte preocupación de Jesús de que "los suyos" no permanezcan en él y, por tanto, no den fruto.

El término traducido repetidamente como "permanecer" es en realidad "habitar", uno de los primeros que encontramos en este evangelio: «*Rabí, ¿dónde habitás?*», le habían preguntado Andrés y el otro discípulo después de la revelación del Bautista (Jn 1,38); mientras que un poco antes, en el mismo discurso, Jesús les había asegurado: «Tengan fe en Dios y tengan fe en mí también. *En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones*» (Jn 14,1-2a).

Permanecer en Jesús significa vivir en su amor: el que lo une al Padre ya nosotros; la fuentes y única posibilidad de nuestro amor mutuo.

De fondo podemos ver las tensiones y divisiones que ya abundaban en la iglesia apostólica, cuando el evangelista escribe este texto, a fines del primer siglo.

Oscuras señales de advertencia no faltaron ni siquiera en tiempos de Jesús: basta pensar en cómo Lucas cuenta que (por tercera vez) precisamente durante la Última cena, inmediatamente después de la institución de la Eucaristía y el anuncio de la traición, los

discípulos comenzaron a discutir «cuál de ellos había de ser considerado el mayor» (Lc 22,24).

A lo largo de los siglos habría sucedido todo tipo de cosas: cismas y excomuniones mutuas, guerras entre pueblos abiertamente cristianos, luchas de poder dentro de la Iglesia, hasta nuestros días.

Pero lo que es quizás aún peor, porque ocurre en silencio, bajo el disfraz de la "normalidad", es la pretensión de vivir la experiencia cristiana de forma individual y no comunitaria.

La fe, así reducida a un retraimiento narcisista, ya no es "habitar" en el amor de Jesús, que al contrario es bien universal; esto justifica los términos alarmistas empleados en este texto, aunque en nuestros días parezcan decididamente pasados de moda.

II. Amor concreto e incondicional

Es decir, el amor como la naturaleza de las relaciones entre nosotros.

El amor pues es mucho más que un aspecto importante (uno de los buenos frutos que el Padre espera): es el contexto, el clima, en el que sólo puede establecerse esta relación entre nosotros y Jesús, porque es la naturaleza misma del relación entre él y el Padre.

Sin embargo, es fácil decir amor: es quizás la palabra más usada y abusada en todas las épocas. Más aún en la era de las redes sociales.

Pero, ¿qué significa amar? ¿Amar a quien? ¿Como?
¿En qué medida y en qué condiciones?

Estas palabras de Jesús nos guían en un viaje vertiginoso. Uno pensaría incluso que Dios es exagerado, y de hecho lo es.

Lo es según criterios humanos. De hecho, sin embargo, somos nosotros los que tenemos que convertirnos a Él, no él a nosotros; es decir, somos nosotros los que tenemos que cambiar de mentalidad, hacer nuestra su lógica, conforme al estilo de Jesús.

Como ejemplo concreto podríamos pensar en el relato de los Hechos de los apóstoles 10, donde Pedro lo entendió perfectamente, en casa de Cornelio, el centurión extranjero que lo había mandado a buscar.

El texto contiene una de las expresiones más hermosas del Nuevo Testamento: *«En verdad me estoy dando cuenta de que Dios no hace preferencias entre las personas, sino que acoge a los que le temen y practican la justicia, sea cual sea la nación a la que pertenezca»* (Hch 10, 34-35).).

Como buen juicio de la época, a Pedro le costó - y no poco - aceptar la idea de que el Dios de Israel era también de los demás. Por otra parte, como persona atenta y sincera que era, no podía dejar de reconocer que lo que había sucedido con ellos en la noche de Pentecostés ahora se repetía con los paganos: la efusión del Espíritu y el don de lenguas. .

Además, las palabras *«en verdad me estoy dando cuenta de que...»* expresan perfectamente tanto el esfuerzo de interrogarse como la necesidad de hacerlo, porque verdaderamente *«Dios no hace preferencias entre las personas»*: ama a todos, pero con amor exigente.

Amor que exige ser imitado. Por eso añade enseguida: «*sino que acoge a los que le temen y practican la justicia*».

Por supuesto, esto no significa que Dios no ame a los demás, sino que nos obliga a entrar en su propia dinámica. Este es el temor de Dios: no el miedo a lo divino, sino el amor reverencial y obediente hacia él.

Amar a Dios significa pues cumplir la justicia (su voluntad), como ya aparecía en los diez mandamientos, donde los tres primeros centrados en el amor a Dios se prolongan y se concretan en los otros siete, que resumen los deberes para con el prójimo.

El autor de la primera carta de Juan se sitúa también en esta línea, según la cual el amor concreto hacia los demás es el criterio para discernir quién viene de Dios y quién no.

Es decir, la fe no puede reducirse a un simple conocimiento intelectual o a una ascesis personal: es la concreción de un amor que llega a sacrificarse, como Dios lo hizo en el Hijo, por nosotros.

Acostumbrados como estamos a cierta retórica eclesiástica y al abuso del término amor, quizás ya no percibamos la dureza de estas palabras.

A una comunidad cada vez más dividida por cuestiones teológicas – que entre poco se convirtieran en una escisión radical, por la que la mayoría se iría, ya sea para volver al judaísmo o para dar vida al grupo de los ebionitas, después considerados herejes – Juan le dice que el **criterio** para comprender quien verdaderamente "conoce" a Dios y que no es, y siempre será, el amor con el que uno se relaciona con los demás, porque Dios es amor.

Todo lo demás es especulación. Exactamente lo que Jesús está recomendando evitar a los discípulos (contemporáneos y futuros) en el momento de su despedida, durante la Última Cena.

Como hemos visto, el verbo utilizado es "habitar", mucho más que el simple "permanecer" utilizado en muchas traducciones. En este caso, habitar significa vivir juntos, compartir.

Es el "lugar" de la existencia, la casa a la que Jesús vino a guiarnos: «*en la casa de mi Padre hay muchas habitaciones*» (Jn 14,2).

Pues esta casa es amor. Amor que Jesús hace coincidir con la persona misma del Padre. Por eso Juan puede decir: «*Dios es amor*»; y por eso no hay dudas sobre la naturaleza de este amor: concreto, apasionado e integral, hasta el extremo.

Quien quiera pertenecerle debe tomarlo no sólo como un ideal, sino como un criterio de vida. Aquí vuelve el adverbio tan querido por Jesús y el evangelista: "**cómo**".

«Como el Padre»: no hay nada que inventar, sino todo que imitar.

Jesús mismo imita al Padre y le obedece: lo mismo tienen que hacer los suyos.

No vemos a Dios directamente, pero a través de Jesús podemos imitarlo porque el amor con el que nos ama es el mismo con el que, a su vez, es amado por el Padre. Así que no hay excusa.

No es casualidad que el término "mandar" aparezca cuatro veces en solo nueve versículos: no es un requisito opcional, sino de la exigencia fundamental de la fe.

Además, Jesús le da un carácter personal: «*Éste es mi mandamiento: que se amen unos a otros como yo los he amado*». Palabras que, dichas en la víspera de la cruz, adquieren un valor particular.

La razón que agrega también tiene un gran valor: «*Les he dicho esto para que participen de mi alegría y sean plenamente felices*».

Es lo que realmente todos buscan: entre los pliegues de pequeños deseos y grandes aspiraciones, todos anhelamos la alegría.

Jesús nos revela el secreto: el amor que el Padre derrama sobre todos, «*sin preferencia de personas*», por medio de aquel que *nos llamó amigos*.

Ahora, a nosotros nos toca corresponderLe, acogiéndolo e imitándolo en las relaciones humanas.

Meditación

1. Dios

¿Qué conciencia (idea) tengo del Dios de mi bautismo?

¿Recuerdo mi bautismo de vez en cuando? ¿Qué significa para mí?

¿Vivo la fe como experiencia de amor, con Dios y con los demás, o qué es para mí?

2. Mi vida y la del mundo

Siento la responsabilidad (expresada por la exigencia del mandamiento, repetido 4 veces) de transmitir esta experiencia al mundo, que «*Dios amó tanto que dio al Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna*» (Jn 3,16)?

¿Cómo vivo/vivimos la relación Comunidad cristiana-Mundo, especialmente después del Sínodo «*Iglesia de las gentes*»?